



## CAPITULO XIII

LA SITUACION DEL GOBIERNO SE AGRAVABA ACELERADAMENTE A FINES DE 1912 Y PRINCIPIOS DE 1913.—LOS DIPUTADOS RENOVADORES SEÑALARON INUTILMENTE AL SEÑOR MADERO LOS PELIGROS Y LOS REMEDIOS.—TODOS LOS ESFUERZOS DESPLEGADOS CON IGUAL FINALIDAD SE ESTRELLABAN ANTE EL INCONMOVIBLE OPTIMISMO DEL PRESIDENTE.—EL GENERAL MANUEL MONDRAGON SE SUBLEVO EL 9 DE FEBRERO DE 1913 Y LIBERTO A LOS GENERALES BERNARDO REYES Y FELIX DIAZ.—ATAQUE AL PALACIO NACIONAL Y MUERTE DEL GENERAL REYES.—LOS GENERALES DIAZ Y MONDRAGON SE APODERARON DE LA CIUDADELA.—EL PRESIDENTE MADERO SE TRASLADO DE CHIAPULTEPEC A PALACIO, INCORPORANDOSELE EL GENERAL HUERTA, QUE FUE NOMBRADO COMANDANTE MILITAR DE LA PLAZA.—AUNQUE SE EXTENDIA RAPIDAMENTE LA DESCONFIANZA CON QUE TAL NOMBRAMIENTO FUE ACOGIDO POR MUCHOS REVOLUCIONARIOS, EL PRESIDENTE, SUS SECRETARIOS DE ESTADO Y SUS FAMILIARES SE MANTUVIERON IMPERTURBABLEMENTE CONFIADOS.—MIS ACTIVIDADES DURANTE LA DECENA TRAGICA Y MIS ENTREVISTAS CON EL SEÑOR MADERO.—EL GENERAL BLANQUET, POR ORDEN DEL GENERAL HUERTA, APREHENDIO AL PRESIDENTE Y AL VICEPRESIDENTE DE LA REPUBLICA.—MI MOMENTANEA RECLUSION.—ASESINATO DE DON GUSTAVO A. MADERO.—EL CONGRESO ACEPTO LAS FORZADAS RENUNCIAS DEL PRESIDENTE MADERO Y DEL VICEPRESIDENTE PINO SUAREZ.—EL LIC. LASCURAIN, SUCESOR LEGAL DEL SEÑOR MADERO, RENUNCIO INMEDIATAMENTE DESPUES DE HABER NOMBRADO SECRETARIO DE GOBERNACION A HUERTA, PARA QUE ESTE ASUMIERA, POR MINISTERIO DE LA LEY, LA PRESIDENCIA PROVISIONAL.—EL GABINETE SURGIDO DEL PLAN DE LA CIUDADELA.—EL RESTO DEL EJERCITO FEDERAL, LA CASI TOTALIDAD DE

## MI CONTRIBUCION AL NUEVO REGIMEN

LOS GOBIERNOS DE LOS ESTADOS Y LA SUPREMA CORTE DE JUSTICIA DE LA NACION SE APRESURARON A RECONOCER LA AUTORIDAD USURPADA DE HUERTA.—MI RENUNCIA AL PUESTO DE DIRECTOR GENERAL DE OBRAS PUBLICAS DEL DISTRITO FEDERAL.—EL MANIFIESTO A LA NACION DEL PRESIDENTE PROVISIONAL Y LOS ASESINATOS, POR ORDEN SUYA, DE DON FRANCISCO I. MADERO Y DON JOSE MARIA PINO SUAREZ.

**E**l debilitamiento progresivo a que parecía estar condenado el Gobierno del Presidente Madero, se había vuelto, en los últimos meses de 1912, visiblemente acelerado. Aunque por la ocupación de Ciudad Juárez el 20 de agosto por las fuerzas del general Huerta, había quedado definitivamente dominada la rebelión orozquista y con la del Puerto de Veracruz el 23 de octubre, por las fuerzas del general don Joaquín Beltrán, fué sometida la guarnición de esa plaza y capturado Félix Díaz, que la había sublevado... el general Huerta envanecido con su victoria y disgustado porque el Gobierno no satisfacía todas su pretensiones de lucro, a pesar de haber convenido mi fraternal amigo el ingeniero don José R. Calderón y yo—ante las insistentes recomendaciones de que *se le favoreciera por cualquier medio*—en cederle gratuitamente nuestros derechos sobre un importante contrato para la construcción de las obras de saneamiento de la Colonia de la Bolsa de esta Capital, derechos que habíamos adquirido en concurso público antes de la elección del señor Madero y que nos proponíamos no ejercitar mientras yo ocupara un puesto

oficial; el general Huerta—decía—cuyo disgusto creció con el hecho de habersele quitado, a fines de diciembre de 1912, el mando de la División del Norte y cuya vanidad lo hizo incurrir en la declaración de que prefería su retiro al cargo con que, en cambio, se le honraba en la Judicatura militar; Félix Díaz aprehendido, pero amparado por la Suprema Corte de Justicia que ordenó la suspensión del fusilamiento a que lo había condenado un Consejo de Guerra extraordinario; el general Reyes recluido en la prisión militar de Santiago, pero en constante comunicación —como lo estaba también Félix Díaz en la Penitenciaría— con sus amigos y partidarios; la casi totalidad de los Senadores y una seleccionada minoría de Diputados en abierta hostilidad contra el Gobierno, al que, además, hacía una procaz oposición la prensa y, sobre ese cúmulo de peligrosas amenazas, el Presidente Madero benévolamente ingenuo, perdonando a todos sus enemigos y confiando, con inconcebible optimismo, en un Gabinete compuesto, principalmente, de reaccionarios y en la fuerza, ya muy mermada, de su propia popularidad, eran las componentes que predominaban en aquella inestable situación y que al fin se resolvieron, trágicamente, en los sangrientos y criminales sucesos de febrero de 1913.

A los diputados que comisionó el grupo renovador de la Cámara para exponer al Jefe del Poder Ejecutivo la gravedad de la situación y aconsejarle, entre las medidas capaces de conjurarla, la urgente reintegra-

## MI CONTRIBUCION AL NUEVO REGIMEN

ción de su Gabinete con elementos revolucionarios, les contestó el señor Madero que todo marchaba bien y que, por tanto, no procedía ningún cambio en su política. Una semana después de esta entrevista, que se verificó el 27 de enero, por invitación de don Gustavo A. Madero nos reunimos en su casa varios revolucionarios—entre los que creo recordar a don Manuel M. Alegre, licenciado don Jesús Urueta, licenciado don Serapio Rendón, licenciado don Víctor Moya y Zorilla, licenciado don José Vasconcelos y don Enrique Bordes Mangel—para cambiar impresiones sobre el frustrado intento de los diputados renovadores. Se resolvió en esta junta que se desplegara un nuevo esfuerzo por hacer sentir al Presidente Madero la proximidad de la catástrofe y para llenar tan delicado cometido fuimos designados el señor Bordes Mangel y yo. Al efecto, ocurrimos al Castillo de Chapultepec en la mañana de uno de los primeros días de febrero —no puedo precisar la fecha exacta— y acompañamos al señor Madero hasta el Palacio Nacional, haciendo a pie, según su costumbre, el recorrido de una parte del Paseo de la Reforma y hablándole, durante todo el trayecto, del encargo que se nos había conferido. Al llegar a Palacio el automóvil que nos conducía, algunos hombres que estaban apostados cerca de la puerta de entrada a la Presidencia aplaudieron al señor Madero y éste, cerrando lapidariamente nuestra exposición, exclamó: —“Nada hay que temer mientras el pueblo me aplauda”. ¿No serán los mismos que

están conspirando—pensé yo, bastante desalentado—los que pagan esos aplausos?

En la madrugada del domingo 9 de febrero, esto es, unos cuantos días después de tan desconsoladoras entrevistas con el Presidente Madero, un pelotón de alumnos de la Escuela de Aspirantes de Tlalpan se apoderó del Palacio Nacional—recuperado a los pocos momentos por el general don Lauro del Villar, Comandante Militar de la Plaza, quien sometió y desarmó a los aspirantes rebeldes—mientras que el general Manuel Mondragón, a la cabeza de un regimiento de artillería que estaba acuartelado en Tacubaya, sacó de la Penitenciaría y de la prisión de Santiago a los generales Félix Díaz y Bernardo Reyes y se dirigió hacia el centro de la ciudad, atacando Palacio el último de dichos generales y la Ciudadela los otros dos. El ataque a Palacio costó la vida al general Reyes, sin haber logrado su intento. La Ciudadela, en cambio, muerto a los primeros disparos el general don Lauro Villarreal—que la defendía con un pequeñísimo número de soldados—se rindió a los generales Díaz y Mondragón. Por su parte, advertido el Presidente de la República de lo que en aquellos momentos acontecía, salió de Chapultepec hacia el Palacio Nacional, acompañado de varios funcionarios y escoltado por algunos alumnos del Colegio Militar. El Gobernador del Distrito Federal, licenciado don Federico González Garza, que era uno de los acompañantes del señor Madero, relata este hecho—narración publicada

## MI CONTRIBUCION AL NUEVO REGIMEN

en "El Dictamen" de Veracruz del 8 de junio de 1914— como sigue:

"Fué en el trayecto por toda la calzada de la Reforma que se fueron incorporando a nuestra columna todos los ayudantes del Estado Mayor del Presidente, varios Ministros y numerosísimos amigos leales que querían correr la misma suerte que el Jefe Supremo de la República... Fué también allí cuando se acercó al señor Presidente, sin que éste le hubiera llamado y entre los muchos amigos que se iban presentando para ponerse a sus órdenes, su falso amigo Huerta... No estando presente el Comandante Militar, general Lauro Villar, por hallarse en Palacio, las fuerzas que acompañaban al señor Presidente iban a las órdenes directas del general Angel García Peña, Ministro de la Guerra, quien se había incorporado antes que Huerta y había puesto al tanto al señor Madero de lo ocurrido en Palacio al ser desarmados los aspirantes por dicho Comandante Militar... La columna avanzó sin novedad por la Avenida Juárez hasta llegar frente al Teatro Nacional, en donde tuvo que hacer alto, porque comenzó a escucharse un nutridísimo fuego de fusilería en dirección de las calles de Plateros y Palacio Nacional... Esto fué causa de que se originara cierta confusión en la columna y en toda la comitiva, y desde luego se le hizo ver al señor Madero que no debería avanzar hasta que no se hiciera una exploración en las calles que había que recorrer antes

de llegar a Palacio, así como en las adyacentes y en las Avenidas del Cinco de Mayo y 16 de Septiembre. Allí se discutió con calor y entre un verdadero desorden, si el señor Presidente debería continuar hasta entrar a Palacio o regresar a Chapultepec. El Ministro de la Guerra era de la primera opinión y Huerta de la segunda, porque decía que el Presidente de la República no debía exponerse como lo estaba haciendo el señor Madero. La confusión seguía aumentando y llegó a advertirse que parte de un cuerpo, sin saber quién lo ordenaba, se desprendió del núcleo y a galope tomó el camino de la calle de San Juan de Letrán, a la vez que se veían atravesar por las calles del 16 de Septiembre, en vertiginosa carrera, a muchos caballos sin jinete, pertenecientes a las fuerzas rebeldes que al frente del general Reyes se habían presentado minutos antes frente a Palacio habiendo sido rechazados y cayendo acribillado por las balas de una ametralladora, el general mencionado".

"Se hacía necesaria, por lo tanto, una acción decisiva, tanto más cuanto que una bala que se supo había partido de los balcones del edificio de "La Mutua" para herir de muerte al señor Madero, había hecho rodar por tierra a un gendarme que estaba a su lado. El Ministro de la Guerra no acertaba a dar un pronto desenlace a aquella insegura situación. Huerta, por otra parte, seguía insistiendo en que debería hacerse esto, y lo otro, y lo de más allá, en todo lo cual no estaba de acuerdo de la Peña, hasta que Huerta com-

## MI CONTRIBUCIÓN AL NUEVO REGIMEN

prendió que había llegado la oportunidad que ambicionaba y dijo con resolución y audacia al señor Madero: —“¿Me permite usted, señor Presidente, que me “haga cargo de todas estas fuerzas para disponer lo “que yo juzgo que debe hacerse para la defensa de usted y de su gobierno?” El Ministro de la Guerra cometió en estos momentos la imperdonable debilidad de no hacer observación alguna a lo que Huerta solicitaba, abdicando sin razón de la autoridad militar”.

“El señor Madero, viendo que de la Peña no dominaba la situación ni hacía oposición alguna, así como tampoco ninguno de los Ministros que lo rodeaban, no tuvo más que ceder, dejándose guiar por su excesiva buena fe y confiando en la buena estrella que hasta entonces parecía no haberle abandonado”.

En suma: los primeros acontecimientos de ese mismo día fijaron, casi de modo simultáneo, las posiciones de los dos bandos y —misterios del Destino— todos ellos parecían obedecer a fuerzas que, de ambos lados, actuaban concurrentemente en sentido adverso al régimen “maderista”. Mientras que, en efecto, los generales infidientes Díaz y Mondragón se posesionaban de la Ciudadela, que estaba plétórica de elementos de guerra, el Presidente Madero olvidaba la sospechosa actitud asumida por el general Huerta desde su regreso triunfal de Chihuahua y le confiaba la defensa del Gobierno designándolo Comandante Militar de la Plaza —en sustitución del general Villar que ha-

bía sido herido al someter, en Palacio, a los aspirantes—y todos sabemos ahora que, al hacer tal designación, firmó por anticipado, no sólo la renuncia a la Presidencia de la República, sino también su propia sentencia de muerte.

Fuimos muchos los que, desde un principio, creímos en una posible deslealtad del general Huerta. El número de los creyentes en esa posibilidad subió de día en día, ante la tardanza en la recuperación de la Ciudadela y en el aniquilamiento de los rebeldes, empresas que todos—quizás por ignorancia—veíamos de fácil realización, por supuesto, no como se estaba conduciendo el ataque, esto es, a lo largo de las calles donde, sin protección alguna, eran infructuosamente diezmadas las fuerzas leales, sino abriéndose éstas paso a través de las casas que circundaban la posición enemiga hasta rodearla completamente y poder atacarla en condiciones de mayor seguridad. Buena o mala, desde el punto de vista técnico, esta visión del problema militar del Gobierno, lo cierto es que engendró la sospecha, cada vez más generalizada, de la connivencia del general Huerta con los autores del Cuartelazo. El Presidente Madero y los funcionarios, familiares y amigos que de más cerca lo rodeaban se mantuvieron, sin embargo, imperturbablemente confiados.

En la mañana del mismo día 9, a eso de las siete, la señora Madero tuvo la gentileza de transmitirme, por teléfono, las noticias de la sublevación de una parte del Ejército y de la salida de su esposo, hacía pocos

## MI CONTRIBUCION AL NUEVO REGIMEN

momentos, para Palacio. Inmediatamente me levanté —estaba aún en la cama— y me fui a incorporar al Presidente. Cuando atravesé en coche la Plaza de la Constitución —sembrada de cadáveres— los aspirantes disparaban aún de las torres de Catedral. El desagrado que tuve al conocer el nombramiento recaído en la persona del general Huerta, se amortiguó al influjo del optimismo que reinaba en las oficinas presidenciales, por causa del fracaso y muerte del general Reyes, la captura y próximo fusilamiento del general Gregorio Ruiz —ejecutado una o dos horas después— las baladronadas del nuevo Comandante Militar y, sobre todo, el espíritu lleno de confianza y serenidad del señor Madero.

Cerca de medio día me trasladé a la Secretaría de Comunicaciones con el fin de organizar, con el Subsecretario ingeniero don Manuel Urquidi —debidamente autorizado por el Secretario don Jaime Gurza— los elementos, unidos, de dicho Ministerio y de la Dirección que estaba a mi cargo, para dar mayor eficacia a los servicios de ambas dependencias del Ejecutivo en aquellas especiales circunstancias. Pronto se nos agregaron, con el deseo de participar en nuestros trabajos y riesgos, otros funcionarios y particulares, entre los que recuerdo al ingeniero don Juan F. Urquidi —hermano del referido Subsecretario de Comunicaciones— a mis hermanos Arturo y Julio, al licenciado don Miguel Alessio Robles, al diputado don Carlos Argüelles, al doctor don Ramón Puente, a don Samuel Vázquez,

a los ingenieros don Modesto C. Rolland, don Froilán Alvarez del Castillo y don Efraín R. Gómez, al profesor don Enrique Peña, a don Luis M. Hernández, etc. Este grupo de civiles, al que cada día se incorporaban nuevos adherentes, desempeñó, durante la Decena Trágica, difíciles y peligrosas labores complementarias o supletorias de la acción desarrollada por la Comandancia Militar contra los alzados de la Ciudadela. Entre ellas cabe mencionar, por ejemplo, las de aprovisionamiento de las tropas—deficientemente hecho por la Comandancia Militar—las de instalación de la red de comunicación telefónica de dicha Comandancia con los Jefes de las diversas fuerzas que atacaban la Ciudadela y las de redacción y publicación de una *boja suelta* diaria, titulada “El Honor Nacional” y encaminada a contrarrestar el efecto depresivo que sobre la masa de la población, y, principalmente, sobre la parte leal del Ejército pudiera producir la activa propagación de mentiras con que los reaccionarios y cléricales contribuían, cobardemente, al derrocamiento del régimen democrático.

El continuo cañoneo del combate trabado entre los dos campos—sin precedentes en los anales de la ciudad—paralizó las actividades de la población, justamente aterrorizada. Mi primer empeño como Director General de Obras Públicas del Distrito Federal—afortunadamente compartido por el Subdirector, ingeniero don Luis Salazar, por los Jefes de las Secciones en que se dividía la Dirección y por la mayoría de mis

otros subordinados oficiales—fue porque los servicios urbanos se afectaran lo menos posible. Tuvo que sufrir mucho, naturalmente, la limpieza de la porción de la ciudad en que se extendieron las operaciones militares, tanto debido a la forzada suspensión de los trabajos relativos, como a la acumulación de cadáveres, que no siempre se podían recoger oportunamente y sepultar o, más bien dicho—puesto que el personal de la Sección de Panteones era insuficiente para hacer todas las inhumaciones requeridas—transportar a los llanos de Balbuena, donde se les amontonaba, se les regaba con petróleo y se les incineraba. El armisticio del domingo 16 fué aprovechado en limpiar de cadáveres y de basuras la zona de fuego, reforzando el personal de planta de las Secciones respectivas de la Dirección con numerosas brigadas adicionales de trabajadores. Se emplearon, en suma, todos los elementos disponibles para reducir lo más posible las consecuencias de la lucha sobre la salubridad pública y los sufrimientos de la parte no combatiente de la población metropolitana.

Yo veía al señor Madero, tanto por la mañana como por la noche, con los fines, respectivamente, de recibir sus instrucciones y de informarlo sobre los trabajos realizados durante el día. Mientras viva recordaré, por la fuerte impresión que ellas me dejaron, las entrevistas celebradas el domingo 16—después del armisticio—y la víspera y el día en que cesaron las hostilidades por el ignominioso triunfo del cuartelazo.

En la noche del 16, además de rendir al Presidente Madero mi habitual informe diario, esta vez especialmente referido a las activas labores de limpia desempeñadas en la zona de fuego, le comuniqué nuestra impresión —casi unánime en el grupo de los que actuábamos con la Secretaría de Comunicaciones como cuartel general— de un entendimiento, contra el Gobierno, entre los sitiados y los sitiadores. Esta especie era también moneda corriente en la calle. Pero aparte de que *“vox populi vox Dei”*, nosotros la reforzábamos ahora, con nuevos hechos, tales como el de haber aprovechado los rebeldes el armisticio en proveerse de comestibles, a ciencia y paciencia de la Comandancia Militar, y con la circunstancia de ser la connivencia entre unos y otros lo único en que los felixistas —encerrados, como estaban, en la ciudadela— podían basar la seguridad que abrigaban, según noticias de fuente fidedigna, en su próximo triunfo. El Presidente Madero me calificó de demasiado suspicaz y, con la ingenuidad que lo caracterizaba, me invitó a que repitiera, delante del general Huerta —que, a la sazón, se acercaba a nosotros— lo que acababa de comunicarle. Procurando no incurrir en una peligrosa alusión directa, dije:

—“La gente, en la ciudad, no alcanza a explicarse —quizás por ignorancia— la tardanza en la recuperación de la Ciudadela y, sobre todo, este hecho: mientras que las fuerzas del Gobierno permanecían inactivas durante el armisticio, las rebeldes mejoraban el

## MI CONTRIBUCION AL NUEVO REGIMEN

emplazamiento de su artillería, introducían abundantes provisiones, etc.”

El general Huerta, acto continuo, abrazó al señor Madero, exclamando:

—“Yo soy, señor Presidente, siempre el mismo: fiel hasta la muerte. Es cierto que esos bandidos introdujeron algunos carros de provisiones, pero a cambio de ventajas mucho mayores para nosotros, pues —agregó bajando un poco la voz— “hay gente mía allá dentro...”

Me pareció que tan gratuita y precipitada satisfacción justificaba plenamente mis sospechas. El señor Madero, al contrario, le replicó afablemente:

—“Nunca he pensado mal de usted, general”—y después de una pausa inquirió:

—“¿Podremos dar mañana el asalto final?”

—“Mañana todavía no”—contestó el interpelado— “pues necesitamos, antes, instalar una red de teléfonos entre la Comandancia Militar y los lugares donde tengo emplazada la artillería: es indispensable la simultaneidad de las operaciones para obtener un buen resultado y... esa instalación requiere, cuando menos, tres días”.

—“Si ustedes lo permiten”—me aventuré a insinuar— “con los elementos de personas y de materiales que tenemos en la Secretaría de Comunicaciones, creo poder tender las líneas telefónicas necesarias en el curso de una noche”.

Aunque el general Huerta replicó, visiblemente

contrariado, que tal cosa era imposible, el Presidente Madero manifestó que como, al fin y al cabo, nada se perdería con hacer el intento, me autorizaba para disponer, desde luego, los trabajos relativos. Después de hacer el suficiente acopio de herramientas y materiales y de organizar una cuadrilla de operarios, se emprendió esa misma noche la obra propuesta, bajo la inmediata dirección del ingeniero don Efraín Gómez, ayudado por el Capitán 1º de Artillería don José Ferrer y por un empleado de la Dirección General de Telégrafos, apellidado Hernández. A pesar de haber sido duramente hostilizados por las ametralladoras del campo contrario—sobre todo, al trabajar en la cúpula del Teatro Nacional— como se logró localizar algunos hilos muertos inservibles y tomar otros en servicio, aislandolos de la red general, tuve la fortuna, el siguiente día, de poder llevar al señor Madero la buena nueva de que la instalación estaba completamente terminada.

El lunes 17 vi tres veces al Presidente Madero. En la primera de estas entrevistas—a la que acabo de referirme— verificada alrededor de las diez de la mañana, fué llamado el general Huerta para notificarle que las líneas telefónicas que consideraba indispensables para poder ordenar el asalto final a la Ciudadela estaban listas. El Comandante Militar recibió esa notificación con manifiesta incredulidad y contestó—a especial requerimiento del señor Madero— que tenía que cerciorarse por sí mismo de la eficacia de

## MI CONTRIBUCION AL NUEVO REGIMEN

la instalación para poder comprometerse a dar el asalto en la tarde de aquel día.

La segunda entrevista del lunes 17 se verificó al mediodía. Llamado nuevamente el general Huerta, como éste no pudo menos que confesar el resultado satisfactorio de la prueba que había practicado en la red telefónica instalada, el señor Madero concluyó:

—“Entonces, esta tarde será el esperado asalto”.

—“Esta tarde” —rectificó el general Huerta— “tomaré el edificio de la “Y. M. C. A.” y otros puntos de gran importancia para el buen éxito del asalto. *Prometo a usted, señor Presidente, que mañana todo habrá terminado*”.

La tercera entrevista del día 17 fué cerca de las ocho de la noche. Encontré al señor Madero muy complacido porque las operaciones militares de esa tarde habían sido realizadas en perfecto acuerdo con lo que el general Huerta había anunciado. No dejó de disgustarle que me haya yo atrevido a considerar sospechosa la rápida toma del edificio de la “Y. M. C. A.”, con unos cuantos disparos de fusil, después de nueve días de inútil cañoneo. Estaba de tan buen humor, que me ofreció su colaboración para “El Honor Nacional” y, al efecto, llamó a un taquígrafo y le dictó un artículo en que presentaba el contraste entre las actitudes de los Senadores y los Diputados como una consecuencia lógica de su orígenes, respectivamente, dictatorial y democrático: los primeros —de procedencia porfiriana y entre los cuales se encontraba el

licenciado don Francisco León de la Barra, que debió al señor Madero y a la Revolución su encumbramiento a la Primera Magistratura—declarados a favor del cuartelazo, al pretender que el conflicto se resolviera mediante las renuncias del Presidente y del Vicepresidente de la República y los segundos—electos por el pueblo después de la caída del Dictador—concediendo al Jefe del Poder Ejecutivo toda suerte de facultades para la defensa de la legalidad. Este sugestivo artículo—el último dictado por el señor Madero y del cual, por desgracia, no he podido conseguir una copia—debió haber salido a luz en “El Honor Nacional” del martes 18, que no pudo ya circular. La corrección de las pruebas de imprenta del mismo artículo fué también la última de mis actividades en la Decena Trágica.

Para relatar mi posteror entrevista con el Presidente Madero, voy a recordar sus antecedentes. En vista de la ineficacia de las operaciones militares ordenadas por el general Huerta, uno de los Ayudantes del Presidente Madero—el mayor don Gustavo Garmendia—concibió la idea de hacer volar la Ciudadela por la explosión, en lugares subterráneos próximos, de fuertes cantidades de dinamita. Aunque el señor Madero consideró inútil recurrir a ese medio—pues confiaba en las capacidades estratégicas del general Huerta—el mayor Garmendia obtuvo, después de mucho insistir, que se le autorizara, asociado conmigo, a emprender desde luego, del modo más discreto

posible y sólo para el remoto caso de una extrema necesidad, los trabajos preparatorios que pudiera requerir la realización de su idea. No bastando, para el caso, los "permisos" firmados por el Secretario de Relaciones Exteriores licenciado don Pedro Lascuráin de los que estábamos provistos para poder entrar a Palacio, por orden del Presidente Madero y con evidente repugnancia del general Huerta —que se resistió cuanto pudo a firmarlos— nos fueron expedidos al mayor Garmendia y a mí "salvoconductos" de este tenor:

"El C. Ing. Alberto J. Pani tiene a su cargo el desempeño de una comisión urgente del servicio y *se previene a todas las autoridades civiles y militares le presten todas las facilidades que requiera el desempeño de dicha comisión y que él solicite*".

"México, 15 de febrero de 1913".

"El Comandante Militar, V. Huerta".

El ingeniero don Efraín R. Gómez fué quien se encargó de traer la dinamita de Pachuca, habiendo quedado depositada en los sótanos del edificio de la Secretaría de Comunicaciones. Por nuestra parte, el mayor Garmendia, el ingniero don Juan Soto Durán —muy conocedor del sistema de saneamiento de la ciudad, por haber cooperado en su construcción y ser el jefe de la sección correspondiente de la Dirección de Obras Públicas— y yo, intentamos algunas exploraciones en el colector número 4, pero las balas felixistas —como si los que las disparaban estuvieran pre-

la misma edición, de una formidable diatriba escrita por el primero de ellos contra Félix Díaz. Terminadas allí nuestras tareas, salimos todos juntos y, a propuesta mía, nos dirigimos a una cantina que estaba en la esquina de las calles de Santo Domingo y Donceles para tomar rápidamente un poco de cerveza y algunos *sandwiches* y poder reanudar nuestras ocupaciones, sin tener que perder el tiempo que requería llegar hasta nuestras casas, almorzar y volver. Al ir a entrar a la cantina, nos cruzamos con los intendentes de Palacio don Adolfo Bassó y don Alfredo Alvarez que venían a toda prisa, en sentido contrario y con los cuales se detuvo el ingeniero Urquidi. Este, al cabo de unos instantes, entró precipitadamente a la cantina y nos comunicó lo que acababa de saber: los señores Bassó y Alvarez iban huyendo porque el general Blanquet, por orden del general Huerta, había aprehendido al Presidente y al Vicepresidente de la República. Se consumó, pues, la traición que todos —menos el señor Madero y sus más íntimos allegados— sospechábamos que se estaba incubando mediante negociaciones secretas entre el Comandante Militar de la Plaza y los generales infidentes y con la alentadora complicidad —según se supo después— no sólo de un grupo de senadores y políticos reaccionarios sino también de algunos diplomáticos extranjeros. “*Prometo a usted, señor Presidente*” —recordé esta solemne frase de la víspera— “*que mañana todo habrá terminado*”. También recordé la seguridad manifestada por el señor Presidente

esa misma mañana—unas cuantas horas antes—en el cumplimiento de tal promesa. Huerta, en efecto, la cumplió, pero mediante una negra villanía: la línea de menor resistencia, en aquellas circunstancias, para un ambicioso amoral.

Al volver a la calle, exteriorizando nuestra indignación—no amenguadas sus manifestaciones por el hecho de haber creído en la posibilidad de tan vergonzoso desenlace—en la puerta de la cantina, por fuera, nos esperaba un individuo vestido de paisano, que con seis rurales apuntando los *maussers* sobre nosotros, nos aprehendió y nos condujo al Palacio Municipal. En el camino tropezamos con uno de los retenes que estaban en los cruceros más próximos de las calles que desembocan en el Zócalo. El individuo que nos conducía abordó al oficial del retén y le dijo algo en voz baja. Uno de nosotros—he olvidado cual—quiso aprovechar la ocasión para exhibir, ante ellos, algún documento que acreditara su filiación maderista y nuestro aprehensor, sonriendo irónicamente, ordenó que continuáramos la marcha. Atravesamos la plaza de la Constitución, penetraramos al Palacio y fuimos introducidos a una de las salas del local que en dicho edificio ocupaba la Inspección General de Policía, sala en la que se encontraban recluidas otras personas y cuya puerta estaba custodiada por soldados a los cuales fueron incorporados nuestros rurales, retirándose el individuo que los mandaba. Unos cuantos minutos después apareció el Secretario de la Inspección

licenciado don Carlos García —correligionario y buen amigo de todos nosotros— y, descubriéndome en la semioscuridad del fondo de la sala, vino hacia mí, inquiriendo sobre nuestra aventura. Explicado el caso en breves palabras, me invitó a que saliera, considerando, quizás, que yo era quien corría el mayor riesgo por el puesto que desempeñaba en la Administración caída. Agradeciéndola debidamente, decliné su invitación por no querer escaparme abandonando, en aquellas circunstancias, a las personas que me acompañaban. Como mi protector era un hombre de honor, supo pesar la razón que me asistía y aprovechar en nuestro favor la situación oficial en que lo había sorprendido el cuartelazo y, en vez de incurrir en una inútil insistencia, salió de la sala, regresó a los dos o tres minutos y empujándonos nerviosamente, dijo:

—“Váyanse, ya está todo arreglado. Quedan en libertad, pero por ningún motivo se detengan en la calle. A encerrarse inmediatamente en sus casas...”  
(1).

---

(1) A propósito de este incidente, cabe la inserción de la carta que me escribió, el 9 de febrero de 1934, mi amigo y compañero el ingeniero don Juan F. Urquidi. Dice así: “Mi querido Alberto:

“Hace la friolera de veintiún años (qué viejos nos estamos poniendo!) que en este mismo mes de febrero, y casi en el mismo día, ocurrió aquel incidente de nuestra época maderista, en que usted, su hermano Julio, el profesor Peña, Ramón Puente y yo, fuimos aprehendidos por el misterioso “joven de la varita” y llevados en grupo al Palacio Municipal, de donde escapamos milagrosamente”.

“El incidente ocurrió, como recordará usted, el día 18

## MI CONTRIBUCION AL NUEVO REGIMEN

Nuestra pronta y fácil liberación, el aspecto del Zócalo —que en nada había cambiado— y la circunstancia de seguirse oyendo un lejano cañoneo del rumbo de la Ciudadela, todo contribuía al renacimiento de mis esperanzas. “Es el general Angeles” —dije— “y mientras oiga sus cañones no puedo creer que todo haya terminado”. Traté de infundir nuevo ánimo a mis compañeros y discutiendo, todavía medio aturdidos, la situación, volvimos a atravesar la Plaza, continuamos por la calle del Empedradillo y, al llegar a la puerta de la misma cantina donde habíamos sido capturados, vimos que pasaba mi hermano Arturo y que, parando su automóvil, nos gritó:

—“¿Qué están haciendo aquí? ¿No saben lo que ha sucedido? Ya aprehendieron al señor Madero... Hace una hora que los ando buscando... suban y vámonos!”

---

de febrero de 1913, casi a la misma hora en que Huerta y Blanquet aprehendían en Palacio a Madero y a Pino Suárez”.

“Algunas veces hemos recordado este incidente, y el otro día usted me hizo el favor de encargarme que tratara de reconstruirlo. Si no lo había hecho antes, no ha sido por olvido, pues mi afecto y mi gratitud para usted no me permiten olvidarme de nada de lo que usted me encargue, sino porque en estos últimos tiempos he estado tan lleno de preocupaciones, por carencia de *ocupaciones* que no he tenido ánimo más que para pensar en lo incierto y oscuro de los días por venir. Pero hoy, que viene a cuenta por ser el aniversario de aquel nefasto y sangriento cuartelazo de la Ciudadela, me propuse cumplir su encargo y me eché a buscar entre mis papeles viejos algo que pudiera tener relación con aquel episodio. Y en el fondo de un baúl más viejo que mis recuerdos, encontré los apuntes que aquí le mando. Son páginas de un diario que entonces llevaba y que alguna

Trepamos al coche mi hermano Julio y yo. Frente a la Secretaría de Comunicaciones nos detuvimos un momento para enterar de la situación a los que aún quedaban allí. El ingeniero Urquidi (don Manuel) pretendía arrastrar a unos cuantos amigos y funcionarios a una loca empresa: la de arrancar de las garras de Huerta, por la fuerza, a los prisioneros. Lo disuadí de tan inútil intento y mi hermano Julio se lo llevó a su casa. Mi familia me esperaba en la de mi excelente amigo el ingeniero don Luis Bacmeister, que habitaba en la colonia de Santa María de la Ribera y cuya esposa era pariente de la mía. Poco antes de llegar a esa casa, volvimos a detenernos para calmar al licenciado don Miguel Alessio Robles, que, sin medir el riesgo que corría, desbordada en ruidosas vociferaciones su indignación contra la traición de Huerta.

---

vez he pensado en arreglar y publicar. Probablemente no lo haré nunca. Los diarios son cosa que sólo interesa a los afectados".

"He copiado esas páginas textualmente, y así se las mando. Su único mérito, si alguno tienen, es que transcriben una impresión personal y "del momento". Se las paso al costo, como se dice ahora".

"Se ha necesitado que pasen muchos años, y muchas cosas, para aclarar por qué fuimos aprehendidos aquel día en circunstancias tan raras, y por qué, sobre todo, se nos puso en libertad de una manera casi milagrosa. Que escapamos de buena, no hay duda. Si no hubiera sido porque en esos días era Secretario de la Inspección General de Policía el licenciado don Carlos García, no lo estaríamos contando ahora. Sabiendo, como sabemos, la suerte que corrieron todos los maderistas que cayeron entonces en manos de Huerta y Félix Díaz, no se necesita ser muy "pesimista" para saber

## MI CONTRIBUCION AL NUEVO REGIMEN

Al siguiente día, apenas había despertado, me sorprendió recibir un “salvoconducto” para mi persona, mi familia y mis intereses, firmado por Félix Díaz. Lo obtuvo a través de su hermano Rodolfo—según supe posteriormente—mi buen amigo y compañero en el Ateneo de México y en el Profesorado de la Universidad Popular Mexicana, licenciado don Alfonso Reyes. No era posible un cambio más brusco de mi situación: tras la febril actividad y los constantes peligros de los diez días anteriores—mi automóvil conservaba señales de balas que por mera casualidad no me tocaron—la quieta pasividad de mi hogar y las seguridades que accedían a brindarme los enemigos de mi causa. Me sentía humillado. Contribuyeron a ahondar este sentimiento: la noticia de los asesinatos de don Gustavo A. Madero y don Adolfo Bassó; el descarado manifiesto de Díaz y Huerta; la nota de

---

cual hubiera sido la nuestra. La Penitenciaría o algo peor—las bardas de la Penitenciaría—hubieran sido el premio de todo nuestro ardor legalista. De hecho, yo sé que había orden de “fusilata” general de personas como usted y mi hermano Manuel, que ocupaban puestos de prominencia en el Gobierno. “¡Duro y a la cabeza!”, era la consigna ese día. Pero el licenciado García nos salvó de este dolor de cabeza...”

“Como le decía yo antes, se necesitó mucho tiempo para saber por qué y cómo. Recordará usted que cuando hablábamos de este incidente en Washington, había dos cosas que no sabíamos cómo explicarnos bien. Primera: por qué nos aprehendió aquel “joven de la varita”, casi en los mismos instantes que Blanquet consumaba su traición; y segunda, por qué, si ya nos tenían, nos soltaron libres”.

“La primera era más fácil de entender que la segunda. Todos nosotros sabíamos, desde que estalló el cuartelazo

este último al Presidente de la Cámara de Diputados comunicándole haber asumido el Poder Ejecutivo de la Unión y tener detenidos en el Palacio Nacional al señor Madero y los miembros de su Gabinete y pidiéndole dar los pasos necesarios para legalizar tan *encomiable* hazaña; las farsas legalistas de la aceptación de las renuncias arrancadas por la fuerza al Presidente y al Vicepresidente de la República, de la primera transmisión de la investidura presidencial, por *ministerio de la ley*, a la persona del Secretario de Relaciones licenciado Lascuráin y de la segunda transmisión de dicha investidura, inmediata y *también por ministerio de la ley*, al héroe del cuartelazo... hasta —¡vaya un contraste!— la presencia de mis hijos, muy niños aún, que al avivar el concepto de mis obligaciones y mis responsabilidades, hacía pesar más en mi conciencia, tanto la participación que yo tomaba en

(todos, menos el mismo Madero, que no lo quiso creer), que Huerta estaba traicionando, y que entre él y Félix Díaz había connivencia. Todos lo sentíamos en el aire, todos lo veíamos, todos lo palpábamos... menos él... O quizás también él lo sospechaba, pero tenía una fe ciega en el pueblo y, como Marco Bruto, "loved more the name of Honour, than feared Death". Sea como sea, es claro que los agentes de Huerta y Félix Díaz, que entonces eran una y la misma cosa, nos andaban siguiendo los pasos y espían todos nuestros movimientos, y si no nos habían cogido antes —conociendo ya lo que hacíamos y lo que proyectábamos— es porque el momento no había llegado. Ese día siguieron nuestros pasos cuando fuimos a la ex-Aduana a recoger las pruebas del "Honor Nacional", nos vieron salir y entrar a la cantina y una vez que Blanquet dió el golpe convenido, nos echaron el guante".

"Respecto de nuestra milagrosa escapatoria, lo que yo

## MI CONTRIBUCION AL NUEVO REGIMEN

la vergüenza nacional por los acontecimientos que se estaban sucediendo, como mi impotente deseo de reivindicación.

De acuerdo con el Plan de la Ciudadela —que más propiamente debería llamarse “de la Embajada”, por haber sido hecho en la residencia oficial del Embajador Americano Henry Lane Wilson como digno coronamiento de la odiosa intervención de este grotesco diplomático en aquellos sucesos— el traidor Huerta, ungido con el carácter de Presidente, nombró su Gabinete como sigue: Secretario de Relaciones Exteriores, licenciado Francisco León de la Barra; de Hacienda, licenciado Toribio Esquivel Obregón; de Guerra, general Manuel Mondragón; de Fomento, ingeniero Alberto Robles Gil; de Gobernación, ingeniero Alberto García Granados; de Justicia, licenciado Rodolfo Reyes; de Instrucción Pública, licenciado Jorge Vera Estañol y de Comunicaciones, ingeniero David de la

---

se es que el licenciado García, cuando nos vió presos en los momentos en que acababan de aprehender a Madero, y para salvarnos del grave peligro que corriamos, le hizo creer al Inspector General de Policía, que éramos un grupo de felixistas que había sido aprehendido en la mañana, antes de la prisión de Madero. Esto, para el Inspector, era más que un salvoconducto: era un mérito y una gloria, y sin más averiguación ordenó que nos pusieran en libertad”.

“Perdone lo largo y lo tardado. No he ido a hacerle una visita en todo este tiempo, porque para atender a mis necesidades, me he visto obligado a aceptar un modesto empleo en el Departamento Consular, y es muy poco el tiempo libre de que dispongo durante el día”.

“Su amigo que muy sincera y cordialmente lo aprecia,  
*J. F. Urquidi?*”.

Fuente. Con estos nombramientos y el reconocimiento, por el resto del Ejército Federal, la casi totalidad de los Gobiernos de los Estados y la Suprema Corte de Justicia de la Nación, de la autoridad que acababa de usurpar Huerta, quedó constituido el Gobierno en que cristalizaron, criminalmente, los esfuerzos de la reacción contra el intento democrático que engendró al infortunado régimen “maderista”.

En la noche del jueves 20 se me presentó en mi casa el Jefe de la Sección de Panteones de la Dirección General de Obras Públicas, ingeniero don Braulio Martínez —acompañado del Sub-administrador del Cementerio de Dolores, hoy Panteón Civil, y de un empleado de dicha Sección— a comunicarme que en la búsqueda de cadáveres hecha en la Plaza de la Ciudadela se había encontrado, casi a flor de tierra, el de don Gustavo A. Madero, habiéndolo ya trasladado al depósito del Cementerio de Dolores y entregándome un fragmento de su camiseta marcado con las iniciales “G. A. M.” y el ojo de esmalte, envuelto en algodón, prendas que a mi vez entregué, algunas semanas después, a la estimable señora doña Carolina Villarreal viuda de Madero. Trasmití por teléfono ese informe al licenciado don Antonio Hernández —pariente cercano de don Gustavo— quien me suplicó, en nombre de la familia, que gestionara de quien correspondiera, la entrega del cadáver. No pudiendo desatender esa súplica, tuve que quebrantar mi propósito de no volver más a la Oficina de la Dirección General de Obras

## MI CONTRIBUCION AL NUEVO REGIMEN

Públicas, considerándome desvinculado del Gobierno por el solo hecho de haber caído el régimen "maderista" y sin tener siquiera que llenar la formalidad de la presentación de mi renuncia. Volví, pues, a la oficina el viernes 21 por la mañana, con el exclusivo objeto de promover la tramitación regular correspondiente, ante la Secretaría de Gobernación. Como las vacilaciones de esta dependencia del Ejecutivo me indicaron que por el camino de la tramitación regular era improbable obtener un pronto resultado satisfactorio, fuí a ver, personalmente, al Secretario de Relaciones, primero, y al de Guerra, después. Tras de varias conversaciones telefónicas entre ambos y consultas a la Presidencia, por la misma vía, logré al fin que se me autorizara a entregar el cadáver de don Gustavo A. Madero a su familia, previo el compromiso que contraje de que sería enterrado calladamente, sin la concurrencia de amigos y, menos aún, de fotógrafos y periodistas. No obstante que con motivo de las gestiones a que me obligó el cumplimiento de este deber de amistad se me hizo saber el agrado con que el nuevo Gobierno vería mi continuación en el cargo que venía desempeñando y puesto que dichas gestiones constituyeron, propiamente, una actuación oficial, para poner fin a ésta tuve que comunicar al Secretario de Gobernación, el 22 de febrero de 1913, que "con el objeto de volver al libre ejercicio de mi profesión", renunciaba al cargo de Director General de Obras Públicas del Distrito Federal.

Inmediatamente después de enviada mi renuncia, abandoné la oficina. Al cabo de tres días recibí, en mi casa, esta contestación:

“Por acuerdo del C. Presidente de la República, se admite a usted la renuncia que hace del cargo de Director General de Obras Públicas del Distrito Federal, a la vez que le hago presente el agradecimiento del Ejecutivo por los eficaces servicios que prestó mientras estuvo desempeñando ese mismo cargo”.

“*Libertad y Constitución*.—México, febrero 25 de 1913”.

“Por orden del Secretario,

“El Subsecretario, *Rafael Martínez Carrillo*”.

El día de mi renuncia —el sábado 22— Huerta lanzó otro “manifiesto a la Nación”, que concluía con estas palabras:

“... y espero, asimismo, que *los medios de conciliación que el Gobierno inicia*, serán suficientes para el fin que me propongo; pero si, por desgracia, se empeñasen los ciudadanos más ofuscados por las pasiones en continuar la contienda o en poner obstáculos al Gobierno, por medios violentos, *no vacilaré un instante en dictar las medidas de rigor* que fueren necesarias para el rápido restablecimiento de la paz pública...”

“¿A qué medios de conciliación se refirió el usurpador? ¿A los que puso en juego, traidoramente, para

infectar de deslealtad a todo el Ejército y reemplazar, en la Primera Magistratura de la Nación, la legalidad auténtica con la falsa? Por otra parte, con los asesinatos de don Francisco I. Madero y don José María Pino Suárez, ordenados después de haber prometido respetarles la vida a cambio de sus renuncias, empezó a practicar, el mismo día que las anunciaba, *las medidas de rigor* que marcaron tenebrosamente, con un reguero de sangre, su tránsito por el Poder Supremo de la República.